

DISCURSO

leído por el

MARQUÉS DE CERRALBO

EL DÍA 15 DE FEBRERO DE 1890

en los salones del

CENTRO TRADICIONALISTA DE BARCELONA



VICH

LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA VICENSE

Rambla del Carmen, 7

1890.

DISCURSO

leído por el

MARQUÉS DE CERRALBO

EL DÍA 15 DE FEBRERO DE 1890

en las sesiones del

CENTRO DEMOCRÁTICO DE BARCELONA



VICÍ

LIBRERIA Y TIPOGRAFIA SUZAR

Calle de la Rambla, 10

1890

323. 17

CER
dis

SEÑORES:

Poco más de un año hace que salí de esta magnífica capital tan reconocido á vuestras bondades, como admirado de esas virtudes públicas, que son vuestra historia, que fueron vuestras leyes, que constituyen vuestro carácter, y que sostienen la consoladora esperanza de una restauración nacional. Yo os conocia tan de antiguo, como que os encontré de cuerpo entero en las canciones lemosinas del siglo XIII, en las Trobas de Febrer y de March, en la epopeya de Montaner y en las crónicas del Rey Don Jaime y del Conde de Osona: en fin, en cuanto se escribió de grande, de heróico, de cristiano, sobre la sublime nación de los Berengueres, que descendiendo de la montaña como un torrente de acero trajo á Carlo-Magno por testigo de sus primeras proezas, para después asentarse en la llanura con esa serenidad de las fortalezas romanas, y fundar metrópolis, colonias y ciudades, como Tarraco, Ampurias, Barcino, Ilerda y Tortosa; conquistar reinos como Nápoles, Sicilia y Cerdeña con ánimo de catalanes, y reducir imperios como el de Otsmán en el Taurus y el de Bizancio en el Helesponto con ánimo de héroes: nación grandiosa que recibió la bendición de San Pedro, que oyó la palabra divina de labios de San Pablo, que aseguró la Fe en sus concilios de tiempo de los Teodoricos y Theudis, de Recaredo y Sisebuto: que la selló con la sangre de sus hijos Fructuoso, Augurio y Eulogio, Lucia-

R. 7. 6 P 6

no y Marciano, Narciso y Severo, y el Angel de Barcelona, la Vir-
gen Santa Eulalia: nación que recibió confir- cada por sus sobe-
ranos la mágica palabra libertad en sus fuero, cuando ella ha-
bia aprendido en su conciencia y ejercitade en su justicia y
lealtad el natural fuero del deber: y soberano y pueblo declara-
ron la confortadora autoridad de la fe en el primogénito pri-
vilegio de la iglesia de Santos Justo y Pastor; la colonización
militar en el de Cardona; la caridad en el de Agramunt; la cos-
tumbre y la justicia en los Usajes; la organización de la familia
en el de Tortosa y la libertad cristiana en todos, y por ma-
nera especialísima en el de Montpeller: nación de los grandes
alientos y los grandes destinos, que tiene por madre á Espa-
ña, por hermanas á Aragón, Navarra y Castilla, por hija á las
Balears, por vasallo al mar, por trono los Usajes, por dosel los
Pirineos, por escudo la sangre de vuestro primer soberano,
por bandera el estandarte de San Jorge, por corona el cielo, y
por amor, egida y faro la Sacratísima Virgen, aquel Sol que
reberverando luces de consuelo y esperanza brilla en el celes-
tial picacho de Montserrat. (*Grandes aplausos*).

Salud, gloriosa Cataluña, Cataluña tradicional: salud, raza de
héroes y pueblo de gigantes: salud, mis hermanos por la sangre
y el corazón, y maestros míos y señores por los méritos, las vir-
tudes y los sacrificios.

Excusad que yo ocupe este asiento, dispensad que mi pobre
inteligencia, que mis sencillas palabras, ni correspondan á lo que
mereceis, ni al puesto con que me honrais, ni á la sabiduría de
los que me oís: pero yo no he venido á enseñaros, sino á apren-
der: yo soy como esas estrellas sin luz propia que sus esplendo-
res son apenas reflejo del sol que las enciende: honrado con al-
guna parte de la representación altísima del Rey, en mi modesta
persona quereis saludar la augusta de nuestro indiscutible jefe:
yo no soy más que un abanderado, y la bandera, esa bandera del
derecho varonil que vosotros consignasteis en vuestras leyes an-
tes que ningún otro pueblo de España: el emblema de la Patria,
el descendiente de los Berengüeres, de Sancho el Mayor, de Jai-
me I y de San Fernando, os abraza desde el destierro, os cobija

en su corazón, vive en el vuestro, y compartiendo con vosotros desgracias, persecuciones y peligros, fia á vuestra fé y á vuestra abnegación la salud de la Patria y la honra nacional. (*Aplausos*).

¡Oh, si hubieseis contemplado como yo en momento solemne y en extranjera tierra, en la que todos estábamos como desterrados, en el castillo de Frohsdorf, allí donde toda la Patria era un hombre, el Rey, alzarse el señor Llauder representando á Cataluña, y con palabras de esa conmovedora elocuencia que son razones de la verdad y del sentimiento decirle que en este país se le ama y se le espera: y aquel hombre, aquel héroe de Somorrostro y de Lácár, querer hablar, y su respuesta asomarse á los ojos por donde se le escapaba el corazón, dejando correr una lágrima que gritaba como vosotros en Alpen: ¡Viva Cataluña! ¡Viva España! (*Aplausos*.)

¡Viva el Rey! gritamos todos á una, castellanos y aragoneses, vascongados y catalanes, andaluces y valencianos: grito de amor y de entusiasmo que, repercutiendo en los Pirineos, extenderían por toda nuestra querida y libre tierra los murmullos del Ebro, los bramidos del Tajo, las cascadas del Duero, los arrullos del Túria y las brisas del Guadalquivir, y como vuestro espíritu estaba en vela y en Frohsdorf vuestro pensamiento, de seguro que le oísteis en el corazón y ¡oh santa y consoladora hermandad! gritaríais con nosotros ¡viva el Rey! ¡viva España! (*Aplausos y aclamaciones*).

Pero no he de ser yo quien os describa ni aquellas fiestas amargadas por la ausencia de la Patria, ni aquellos actos de egregia representación: aquí teneis personajes que asistieron, y ellos, con más elocuencia entonces, os los han referido y despues recordado.

Afortunadamente para vosotros y para mí, aquí teneis autoridades noblemente conquistadas y justamente merecidas que os guien y nos guien, que nos hablan y nos enseñan, que acatamos y reconocemos; el señor Llauder, dignísimo jefe de Cataluña, que ha hecho de su pluma una fortaleza, de su lealtad una gloria, y de su inteligencia una cátedra: el señor de España, cuya

modestia es seguridad de su mucho valer, y vuestro aplauso lo confirma y el Rey lo reconoce: el duque de Solferino, tan grande por su nacimiento como por sus cualidades, y si rico de fortuna, poderoso de corazón: el señor Fortuny, que imprime en sus discursos el brío de la juventud, la grandeza de vuestra historia y la sublimidad de nuestra doctrina, y para qué molestaros con citar los nombres que os son queridos, los hombres que conocéis y las cualidades que respetáis, cuando aquí todos vosotros sois como aquellos antiguos mantenedores de los palenques en los juicios de Dios, que tenéis siempre colgado vuestro escudo en el umbral de la tienda tan sin arrogancia como sin miedo.

Pero yo algo he de deciros fiando á vuestra bondad lo mucho que me falta de inteligencia; fiando á mi voluntad entusiasta, á mi convicción absoluta y á mi buena intención cuanto cualquiera de vosotros explicase y enriqueciese con pensamientos sublimes, con frases elocuentes y máximas salvadoras: pensad que hablo por cumplir un deber tan penoso como ineludible, y sed bondadosos con un compañero.

Que la marcha actual de la sociedad camina á su perdición, ni es menester advertirlo, ni conveniente explicarlo; basta en fijarse como se aparte de Dios para comprender que si el hombre moral se pervierte, la familia se desata, la nación se desorganiza y la sociedad se rompe.

La Patria perfecta está en la unidad de la fé: una nación dividida en diferentes creencias queda entregada á diversos partidos sin punto de unión, y por consiguiente sin posible paz y sin esperanza: y ya decía San Lúcas que reino dividido camina á su perdición: la esencia de la vida social está, pues, en la Religión, no sólo porque inspira las leyes, sino aún más porque rige las costumbres; y si la ley gobierna la vida pública, tan sólo á la Religión es dable gobernar; la vida privada, garantía y base de aquella, formando hombres religiosos, únicos buenos patriotas que amen sus deberes y los cumplan: esta es la noble aspiración del partido carlista: la unidad de la Fe forma la unidad de la Patria, y ésta se representa y gobierna por el Rey. Los Reyes no son altas potestades convirtiendo sus caprichos en leyes como

los Césares, ni esclavizando los pueblos como los sultanes, ni adulándolos como los bizantinos, ni engañándolos como los parlamentarios; figuras decorativas con mantos de oro, coronas de brillantes y espadas de plata. Los Reyes han de ser vicarios de Cristo para imitarle, para que el Evangelio resplandezca en el trono, y como sol purísimo extienda su luz de verdad á todas partes; y dirige su pueblo para conducirle á la felicidad por medio de su iniciativa inspirada en la nobleza de los sentimientos, en la caridad de la conducta, en la grandeza de la historia, en la responsabilidad de su misión y en la práctica de las leyes; leyes cristianas sujetas á las condiciones de tiempo y de lugar, que proclamaron los Reyes Católicos y en que se origina la vida fofal y el admirable desarrollo de la organización de la patria en los siglos de nuestra fé y nuestra grandeza. (*Aplausos*).

Desgraciadamente nos tocan tiempos en que los hombres, debilitada su fé, han empequeñecido todos sus pensamientos y todas sus acciones: atacan la monarquía por su origen divino y su misión augusta y por ser indestructible muralla que no se rinde al ataque de los ambiciosos que necesitan paso franco para sus demasías y su beneficio: han rayado de las leyes el móvil espiritual y cristiano para convertirlas en mercancía privada de la equidad y la justicia; han adulado á los pueblos con ideas de fraternidad general para demoler con el ariete de las pasiones los baluartes de los fueros en donde el espíritu regional se mantenía fuerte y vigoroso al amparo de la justicia, al impulso de la gloria, sobre un terreno conquistado con la punta de su lanza y el ardimiento de su corazón, un territorio que vivía próspero y feliz á la vista de su administración, á la voz de su Concejo y á la sombra de su Iglesia: proclaman el imperio de la ciencia y el beneficio de la educación, y en su injusto afán centralizador cierran más de la mitad de universidades antiguas españolas; se apoderan de los bienes de colegios tan celeberrimos como el de Anaya en Salamanca, Santaella en Sevilla, Torquemada en Avila, San Francisco de Borja en Gandía, Da Costa en Osma, Córdoba en Estella, Cervantes en Tarragona, y tantos otros que fueron corona de sus fundadores, voz de la ciencia, ejemplo del studio, eco de la Iglesia y gloria de España.

Quieren secularizar la enseñanza, olvidándose que su conservación y todas sus glorias las deben á la Iglesia, con el propósito de hacer de la Universidad un siervo del Estado, privándola de aquellos claustros de sábia y admirable independencia y de espíritu tradicional que las engrandecieron: y por mucho que los glorificadores modernos de la ciencia estimen al profesorado, no llegarán jamás á los honores, franquicias, ventajas y gloria que les concede el Rey Sábio en la Partida 2.^a, ley 8.^a, título XXXI.

De aquellas antiguas Cortes que, representando el interés particular de cada región, asumían, sentían y estudiaban el interés general de la patria: y exponiendo sus necesidades con la sencillez y la evidencia de la verdad, y buscando el bien mandatorio sin atención al individual del procurador, acudían con su consejo y su apoyo al Rey, quien, sobreponiéndose á las circunstancias especiales, decidía en bien de la generalidad: de aquellas admirables Cortes nacieron estas Asambleas modernas en las que se consume el tiempo de su vida, el tesoro de la Nación, y Dios quiera que pronto la paciencia de los pueblos, para escalar posiciones desde las que, proclamando la representación popular, se ríen del cándido pueblo que les encumbra y al que dejan en manos del fisco de tan derrochadora administración que les va mermando su propiedad, lléga á poner mano en su propia casa, y la angustia y el desconsuelo son los caracteres de la vida, como los harapos de la pobreza llegarán pronto á ser el uniforme de la patria. (*Aplausos*).

Pero este horripilante retrato de nuestra situación no puede pasar desapercibido al hombre de juicio sereno, de justa voluntad, de recta intención y que, volviendo la vista á antiguas y sólidas grandezas, á antiguas y morales administraciones, á antiguas y justas leyes, á antiguos y legítimos monarcas y á nuestra antigua y salvadora fe, se enciende el rostro de vergüenza, el corazón de heroísmo, la conciencia de indignación y la voluntad de arrojo, y acordándose de que es español se proclama carlista y caiga en nuestros brazos donde le espera cariño de hermanos, y saludando en nuestro Augusto Jefe al salvador de España, en-

cuentre en El amparo para su hacienda, salvaguardia para su libertad, honor para su patria, protector para su fe y padre para sus hijos. (*Aplausos*.)

Esto queremos y á esto aspiramos: queremos una España á la española, y aspiramos á que España sea España.

Los enemigos son muchos y fuertes; porque las pasiones han sido siempre los verdugos de los pueblos: y para oponerse á esa invasión extranjera de la impiedad, el error, la anarquía y el derroche, existe el partido carlista: y para facilitar el triunfo reparador de nuestras creencias nos agrupamos, nos reunimos y se constituyen los Círculos tradicionalistas: naciendo espontáneamente en busca de la fuerza de la agrupación, que así se constituyeron todas las asociaciones, así en frente de la heregía nacieron los Concilios, en frente de la división social las Cortes, en frente de la dominación extranjera los Municipios, en frente de la ambición las Hermandades, en frente del aislamiento industrial los Gremios, y en frente de la ignorancia la Universidad.

Los Círculos tradicionalistas son, pues, no sólo un centro donde convergen hombres unidos por esas bases que constituyen la perfecta sociedad política, que son unidad de fé, de nacionalidad, de convicciones, de historia, de tradición y de esfuerzos; los Círculos tradicionalistas son una imperiosa necesidad de la época, son la voz de la patria hablando el lenguaje que nos enseñaron el Consejo de Castilla, el Justicia de Aragón y los Consellers de Cataluña: nuestra bandera es la de Viriato en Bracara, la de los castellanos en Simancas, la de los aragoneses en Alcoraz, la de los navarros en las Navas, la de los catalanes en Acha-al-Bacar, la de los valencianos en el Puig, la de los vascos en la fragata "Concepción", y todas reunidas con el sagrado nombre de Españolas, las que avanzaron con heroísmo verdaderamente español en los campos de Lácár y tremolaban en los ensangrentados y heróicos muros de la Seo de Urgel. (*Grandes aplausos*.)

Los Círculos son organismos de la más activa propaganda y de la más entusiasta organización. No somos conspiradores

porque, poseyendo la verdad, el derecho y la nacionalidad, estamos tan seguros del éxito como de la derrota completa y final del error, la paradoja y el sofisma, encarnados en la revolución; y nosotros no hemos sido jamás perturbadores de la patria, nosotros la hemos defendido, y la hemos de salvar. Y como esperamos y confiamos en la conversión de los verdaderamente españoles, por eso llamamos á todos, que nuestro Rey y nuestra Bandera son demasiado grandes para simbolizar un partido.

Y el Carlismo no es un partido, porque es una Religión, y, por lo tanto, dispuesto siempre al sacrificio, al sufrimiento y á la heroicidad.

Como aspiramos á convencer, sabemos que no hay mejor razón que el ejemplo, y en nosotros debe retratarse el ciudadano entusiasta, laborioso, digno, libre, valiente y cristiano.

Como la gran virtud cristiana es la caridad, y la más sublime caridad el perdón de las ofensas, moderemos nuestro lenguaje y no tratemos á nuestros adversarios como á enemigos, sino como á hermanos que andan engañados, ó por sus pasiones, ó por sus debilidades ó por falsas enseñanzas y torpes ideas.

Estad seguros de que algunos antiguos compañeros, en la desorganización en que ha estado nuestra Comunión por causa de nuestras desgracias, han perdido el recuerdo de la asombrosa colectividad carlista y se han dejado influir por las calumnias que los liberales inventaron de nuestro Augusto Jefe: pero como nosotros conocemos la verdad, como para nuestros ojos no hay nubes que nos oculten la nitidez del sol, y su vivificadora luz llega hasta nuestros corazones, vemos claro, tan claro como á la espléndida luz del mediodía, que nuestra Bandera en manos de Carlos VII tremola limpia, firme, entera y sin pliegues, que oculten ó desfiguren ninguno de los gloriosos y santos principios que allí están grabados con la firma de nuestro Rey, y por sello vuestra generosa sangre. (*Muestras de aprobación*).

Venid, pues, los que caminando á oscuras por entre la noche de las referencias habeis perdido el camino seguro que conduce

á vuestra casa; nosotros os apartaremos las sombras, y entonces veréis claro como el despuntar de nueva aurora que en nuestro solar están la torre de vuestra aldea, el salón de vuestro municipio, y el hogar de vuestros padres.

Y conste que no llamamos á nadie por necesidad, sino por amor, por patriotismo; nosotros estimamos, sabemos que España está con nosotros, que el pueblo, esa masa honrada que sostiene única con abnegación y sin excusa los escandalosos derroches del Estado, ese pueblo es carlista y lo demostró plenamente en cuantas veces se le ha llamado á la montaña, y en cuantas veces se le condujo á las urnas: y como el pueblo es nuestro, esa decantada razón de la mayoría nos dará el triunfo, y con sus mismas armas; caerá en el olvido y el desprecio el carnaval de la política parlamentaria, que es natural y lógico terminen en una carcajada los sainetes, y en el suicidio los ateos. (*Aclamaciones y aplausos*).

Sean los Círculos un faro á donde puedan guiarse y recogerse cuantos navegan perdido el timón, rota la arboladura, desgajadas las velas en medio de la pavorosa borrasca de la vida moderna, y buscando puerto seguro en donde encontrar grande, sublime y protectora patria, nos hallen con los brazos abiertos, y apendán de nuestros lábios y de nuestra conducta la justicia de la ley, el derecho de la monarquía, la unidad de la patria, la grandeza foral y el triunfo de la fe. (*Aplausos*).

Pero esta hermandad de espíritu y de organización de los Círculos debe ser íntima y verdadera, y para facilitarla y conseguirla se ha establecido en nuestros Reglamentos el artículo que concede título de sócio de todos los de España á quien lo fuese de uno cualquiera.

Y para consagrar esta unión, ayudarla y sostenerla, así como demostrar á los Círculos su importancia, su misión y que han de ser vivo reflejo, incansable propaganda y levantada voz de nuestra organización civil, el Rey ha querido tener una representación inmediata en ellos y ha creado una Delegación especial: oportuna y provechosa idea que no halla otra dificultad para que el éxito corresponda al propósito y á las esperanzas, que

haber sido yo designado para ocupar un puesto que verdadera y públicamente no me canso de reconocer es superior á mis cualidades. (*Muchas voces: no, no*).

Pero, convencido de que todos me ayudaréis con vuestros consejos, con vuestro apoyo y con vuestro ejemplo, no me arredran las dificultades, ni desconfío de nuestro común encargo: cumplamos, pues, todos con nuestro deber, y sólo puedo aseguraros que ni mi voluntad, ni mi consecuencia, ni mi entusiasmo tendrán tregua de reposo; y lo poco que valgo y lo poco que puedo todo lo emplearé en servicio de la Santa Causa que defendemos y del Rey que tan admirablemente la personifica y gobierna. (*Grandes aplausos*).

La primera necesidad de toda empresa es la unión, y el primer deber del carlista la lealtad: la lealtad en la desgracia es el crisol de la honradez: ser cortesano del poderío es la servidumbre de los pequeños: ser cortesano de la desgracia es la servidumbre de los grandes: los que se postraban en el incomparable *triclinium* de Domiciano y los que mendigaban el primer saludo de Luís XIV, no eran ni los romanos que estuvieron en Dacia con nuestro gran Trajano, ni los que llevaron la cruz á Palestina con San Luís.

Pero la desgracia es un espectro que asusta á los débiles de espíritu y á los ambiciosos: poco hallaréis de oportuno en mi discurso, pero lo más inoportuno es, sin duda, hablar del mérito y grandeza de la lealtad ante un Círculo, ante un país que ha demostrado siempre tener la virtud de la consecuencia y por ella saber luchar y morir.

En vuestra brillante historia no hay esas manchas de la deslealtad, y siendo tan raro hallarlas, por excepcional me decidiría á consignar una que me impresionó.

Corría el año 1113; el Gran Berenguer III, cuya menor edad había sido tumultuosa, y, por consiguiente, de ánimo para los revoltosos, se vió en un momento amenazado por la desgracia; la Provenza, casi insurreccionada, ayudó la tribulación que parecía amenaza sobre Cataluña la guerra cruellísima que le hicieron el vizconde de Carcasona, el conde de Potiers, y otros señores

de Francia: era por entónces el personaje de la más alta posición y muy enaltecido por el soberano el Veguer del castillo de Barcelona, don Ramón de Castellet, á quien el coude tanto había favorecido y tanta autoridad le hubo dado, que al llegar un momento en que Berenguer quiso nombrar á Adelberto Renardo como Veguer, negóse á la obediencia don Ramón y sostuvo que aquella altísima dignidad le pertenecía, de por vida, y no queriendo renunciar á su prepotencia, desobedeció al soberano, lanzóse á obstinada rebeldía: muchos buenos catalanes tomaron por él partido, engañados mañosamente por don Ramón, que afirmaba haber faltado á sus compromisos y promesas soberanas Berenguer: encendióse la guerra, y á grandes desventuras y desastres se iba lanzando el país cuando la lealtad de los más, y siendo reconocidas las artes de don Ramón, le fueron abandonando todos los que tomaron su partido por engaño y se convencieron de la razón y justicia del soberano, que, como siempre, no había faltado en nada á sus compromisos, y ni dado de por vida una dignidad de tanto valer, que hasta las Cortes de Monzón de 1289 decidieron que el Rey no podía concederlas de por siempre. (*Aplausos; muy bien*).

Ved aquí como en este noble país no fué preciso acudir á las armas para deshacer la rebeldía del don Ramón, porque la lealtad se impuso sobre la falsedad y las ambiciones. (*Risas*).

Y Berenguer, á la cabeza de su heróico pueblo, fué soberano tan admirable, que la historia le ha honrado con el nombre de Grande, y por sublimar sus grandezas murió tan evangélicamente como Jaime I y San Fernando.

Temo molestaros, y no he de extender más este discurso.

Los distinguidos oradores que me precedieron en el uso de la palabra han explicado con atinada expresión, elocuentísima frase y levantados pensamientos, el estado angustioso de la patria, la necesidad de salvarla, y cómo solamente al programa regenerador de la política tradicionalista es dado lograr este sublime propósito, atender á esta urgencia y cumplir todas las esperanzas.

No es preciso insista yo en puntos que os son tan co-

nocidos, como que llenan vuestros corazones y se graban en vuestra conciencia.

Quería, sin embargo, con deleite y afán hablaros de Venecia: deciros que por amor á nosotros, por entusiasmo y servicio de la Patria reside allí el primer español en la desventura del destierro: que le he oído decirme varias veces, con ese conmovedor acento que es la angustia de la desgracia: ¡qué suerte la tuya! vas á recorrer España, vas á estrechar la mano de aquellos mis amadísimos y nobles carlistas, que con el espíritu en Dios, el corazón en la Patria y á las órdenes de su Rey se arrojaron á portentosas empresas en las que, conquistando todas las glorias, llegaron conmigo hasta el umbral de la muerte: vas á oírles que te llaman su compañero y su amigo.

Creía que no envidiaba sino el poder servir á la Patria, pero te envidio el verles, el oírles, el saludarles, ¡qué digo saludarles! yo no me contentaría con menos de abrazarles: ¡Oh, qué bien comprendo la sabiduría entrañable de la antigua monarquía española! un Rey debe estar en contacto inmediato con su pueblo con su pueblo para sentir sus desgracias y remediarlas, para conocer sus vicios y corregirlos, para descubrir sus méritos y premiarlos. (*Repétidas aclamaciones y vivas*).

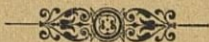
Y continuaba diciéndome: ¡qué falsa libertad la mía! tan falsa como todas las modernas: yo soy libre, yo pude ir á América pensando en Colón, Cortés y Pizarro; á Africa en Cisneros y Carlos V, á Asia en Berenguer de Entenza y San Francisco Javier; yo puedo recorrer el mundo, yo puedo entrar por todas partes: y qué vale todo esto, si no puedo ir en romería á Santiago, ni á saludar el espléndido sol de España en la sagrada cumbre de Monserrat, ni á hincarme de rodillas ante el bendito pilar de Zaragoza. (*Prolongados aplausos*).

Yo oía y no acertaba á contestar; parecíame que el corazón se me ahogaba con todo el peso de la Patria: alcé los ojos, y ví los del Rey que se levantaban al cielo como una oración ó una esperanza.

Y ahora que me contemplo entre vosotros, ahora que me llamais vuestro compañero y vuestro amigo, se me representan

todas las palabras del Rey; ahora me acuerdo de cuando me decía que esos dulces nombres son un privilegio y una honra, y pues que como tales las estimo y las deseo, unámonos en esa estrecha intimidad que constituye los Círculos, al grito salvador de

¡Viva la Religión! ¡Viva la Patria! ¡Viva el Rey! y ¡Viva Cataluña! (*La concurrencia prorrumpe en entusiastas vivas y aclamaciones*).



todas las palabras del Rey sobre movimiento de cuando me de-
 en algunos días se le mandó ser un privilegio y una carta y
 para que como tales las escriba y las deese, tambien en esta
 carta se mandaba que constase los Cerdos, el qual se-
 veyendo
 En la Realidad, Vista la Real Cedula y Vista la
 Real Cedula mandamos que se cumpla y se observe y que se

[Faint, illegible text or stamp in the center of the page]